

Dos joyas bibliográficas médicas potosinas

FERNANDO QUIJANO—PITMAN*
FERNANDO QUIJANO—ORVAÑANOS

El muy alto nivel que alcanzó la medicina potosina a finales del siglo XIX y en la primera década del XX, se manifestó por la apertura de instituciones como el primer Hospital Infantil ¹ que existió en el país fundado por don Miguel Otero y Arce; por la introducción del sistema Bertillon en el país hecha por don Jesús Monjarás, ² por actividad quirúrgica de primera magnitud como la primera ligadura de meningeo media ³ hecha por don Gustavo Pachensteher; éste cirujano y José María Quijano ⁴ iniciaron en México la cirugía de la hipertensión porta por medio de la operación de Talma; Quijano inició la cirugía arterial reconstructiva en México al hacer una arteriografía de la humeral en enero de 1911. ⁵ El primer aparato de rayos x que hubo en el país, fue llevado a San Luis en 1896 por el ingeniero Luis Espinosa y Cuevas y con ese aparato el doctor Daniel García ⁶ realizó arteriografías en cadáver, las primeras que se hicieron en el continente americano y las segundas en el mundo; ese aparato fue empleado por Quijano ¹²

para localizar un cuerpo extraño antes de su extracción en 1897; y fue utilizado por don Manuel O. Silva ¹³ para confirmar el diagnóstico de dextrocardia en 1901, seguramente la primera aplicación de la radiología al diagnóstico cardiológico, que se hizo en nuestra patria. Pachensteher ⁷ en su sanatorio en 1899 instaló: un cuarto para la atención especial a enfermos graves, directamente comunicado con el cuarto de las enfermeras, es decir un lugar para cuidados intensivos. La actividad académica era intensa y de gran calidad, centróbase en el hospital, en la facultad y en la Sociedad Médica Potosina que sesionaba regularmente; se publicaron revistas ⁸ como el Boletín del Hospital Infantil, primera revista pediátrica que se editó en México; el Boletín de la Junta de Sanidad y sobre todo el Progreso Médico, Anales de la Sociedad Médica Potosina. El primer comité de redacción lo integraron don Ignacio Alvarado, don Antonio F. López y José María Quijano; se imprimía en la imprenta oficial de la Escuela Industrial Militar. Existen pocas colecciones de esta publicación 1899 a 1908 inclusive ⁸. En la Hemeroteca Nacional existe una incompleta pues falta el año 1908 ¹⁴ hay otra completa en la Biblioteca Universitaria de

*Académico titular.

San Luis⁸ y otra en poder del muy distinguido historiador médico potosino don Alberto Alcocer Andalón, ambas copias de la colección completa, original que fue propiedad de mi padre don José María Quijano; la Biblioteca Nacional y la del Palacio de Medicina contarán con una colección cada una muy pronto.

Fue en este ambiente, a donde en 1900 se editó en San Luis Potosí, la primera traducción de un libro de Claudio Bernard y la segunda que se hizo al idioma español. Las circunstancias fueron como sigue: El distinguido académico doctor don Ignacio Alvarado, poseía un ejemplar en francés, de la obra de Claudio Bernard *Introducción al estudio de la medicina experimental*, que prestó al académico don José Monjarás⁹ y éste, encomendó a un distinguido abogado el licenciado don Carlos García y López Portillo⁹ que tradujese al castellano el libro mencionado⁹.

Don Carlos García y López Portillo, oriundo de Guadalajara (1851-1911) era un abogado muy culto, fue magistrado, primero en Guanajuato y posteriormente en San Luis; cultivaba la pintura y la música; adquirió un padecimiento deformante de las articulaciones y se interesó en las lecturas médicas. En sus manos puso el doctor Monjarás el libro del gran fisiólogo francés para que lo tradujese.

El académico doctor don José Joaquín Izquierdo¹⁰ investigó sobre las traducciones al castellano de esta obra y publicó sus hallazgos en el órgano e la Academia, la *Gaceta Médica de México*; asimismo el académico doctor don Efrén C. del Pozo también disertó y escribió sesudamente sobre el tema en el homenaje que la academia rindió a Claudio Bernard con motivo del primer centenario de su muerte en junio de 1979.¹¹

Solamente se encontró la mención de una traducción hecha en España por el doctor don Antonio Espino y Capo impresa en Madrid en 1880, pero jamás se pudo encontrar un solo ejemplar del libro, solo mención de que el doctor don Jaime Pi y Suñer tuvo en sus manos un libro, propiedad del doctor Jaime Aguadé y Miró. El doctor Izquierdo hizo una paciente, exhaustiva y reiterada búsqueda en bibliotecas nacionales, europeas y norteamericanas; en España a ruego suyo, lo hizo el doctor Jimenez Díaz pero no fue posible encontrar un solo ejemplar de la traducción hecha por el doctor Espino y Capo.

La traducción del licenciado Carlos García fue publicada en San Luis Potosí en 1900. La primera edición francesa de la obra del genial fisiólogo fue impresa en 1865; si se toma en cuenta la lentitud de las comunicaciones de la época, las vicisitudes como la guerra Franco Prusiana, las revoluciones ocurridas en este país, el tiempo que se tomó para traducirlo y para publicarlo, se apreciará el mérito de que en una ciudad provincial de México, en 1900 apareciese una traducción de esta obra trascendental.

El doctor del Pozo la califica como la primera traducción al castellano dado que hasta ahora ha sido infructuosa la búsqueda de la hecha por Espino y Capo.

La traducción de don Carlos García fue publicada en San Luis Potosí en 1900, fue patrocinada y dedicada al ilustre Gobernador de la entidad el ingeniero don Blas Escontría quien fue después Ministro de Fomento del Gobierno del General Don Porfirio Díaz, también fue dedicada al doctor don Jesús Monjarás; la impresión se llevó a cabo en la Imprenta de la Escuela Industrial Militar a cargo de Aurelio B. Cortés; esa imprenta era la oficial del Gobierno Estatal. Consta de 290 páginas, mide 15.4 x 21.6 centímetros e impresa en papel grueso y corriente.

Esta edición potosina tampoco tuvo difusión. Son tres las versiones para tratar de explicar la ausencia de difusión de tan importante obra: la primera que le fue proporcionada al doctor Izquierdo por una hija del licenciado García, que afirma no hubo ninguna demanda y que los libreros no se interesaron en ella, por lo que toda la edición se pudrió. Es poco creíble que una edición patrocinada por el Gobernador y por tan ilustre médico como el doctor Monjarás no hubiera alcanzado más difusión por la explicación esa; ni siquiera se encontró ejemplares en la biblioteca de la Facultad de Medicina de San Luis; tampoco en bibliotecas privadas, indudablemente que el gobernador Escontría y el doctor Monjarás, ambos altruistas y filántropos, hubieran regalado inclusive la edición a miembros del cuerpo médico, de la Sociedad Médica Potosina y cuerpos facultativos de los Hospitales, más no fue así. Otras dos explicaciones recogidas por mi entre contemporáneos de la edición son las siguientes que el traductor no tuvo fondos para pagar al impresor la edición y este la quemó. Es inadmisibles en primer lugar el patrocinador de la traducción fue el gobernador Escontría y la impresión fue hecha en la Imprenta Oficial del gobierno estatal y don Blas Escontría no hubiese permitido que tal atropello se realizara. El otro patrocinador fue el doctor Monjarás, que contaba con muy amplios recursos económicos y seguro, este hubiese erogado el costo de la impresión con toda facilidad en caso de que hubiese sido cobrada, cosa poco probable repito porque el patrocinador fue el Gobernador y la impresión hecha en la imprenta estatal. La tercera, la más creíble es que el sótano donde se alcanzó la edición, se inundó lo que acabo con ella.

Se salvaron unos cuantos ejemplares: uno existe en la Biblioteca Nacional y otro fue obsequiado por una hija de don Carlos García al doctor Izquierdo, otro fue adquirido en una librería del mercado en San Luis por el doctor del Pozo y finalmente el que fue propiedad del doctor José María Quijano, una copia de este ejemplar es el que tenemos hoy el honor de donar a esta ilustre corporación.

La traducción al libro de Claudio Bernard *Introducción al estudio de la Medicina Experimental*; hecha por el licenciado Carlos García y López Portillo, en San Luis Potosí en 1900, es la segunda traducción hecha al español, por lo que constituye una joya bibliográfica y

una prueba importante de la calidad de la medicina potosina de esa época.

REFERENCIAS

1. ALCOCER ANDALON, A.: *Historia de los Hospitales Civiles de San Luis Potosí*. Arch. Hist. Potosina. 1972; 3: 262.
2. MONJARAS, J.E.: *La nomenclatura para enfermedades y defunciones de Bertillón, declarada internacional; importancia de esta declaración*. Progreso Médico. 1901; 3: 233.
3. PACHENSTECHEER, G.: CITADO POR CABRAL Y ARANDA, J. En: *Cirugía craneana*. Progreso Médico. 1899; 1: 82. Citado por Quijano, J.M.: *Oportunidad de la trepanación en las fracturas de cráneo*. Progreso Médico. 1902; 4: 37.
4. QUIJANO, J.M.: *Un caso de operación de Talma*. Progreso Médico. 1902; 4: 6.
5. QUIJANO, J.M.: *Arteriografía*. Crónica Med. Méx. 1911; 14: 141.
6. GARCIA, D.: *Aplicación de los Rayos X o Roentgen al estudio de la Angiología*. Progreso Médico. 1901; 3: 211.
7. ANONIMO. : *Crónica de la bendición del consultorio quirúrgico gratuito*. Progreso Médico. 1899; 1: 104.
8. ALCOCER ANDALON, A.: *Hemerografía Médica Potosina*. Arch. Hist. Potosina. 1975; 6: 253.
9. MONJARAS, J.E.: *Discusión del trabajo de Ignacio Alvarado en: El Microscopio en sus relaciones con la clínica*. Progreso Médico. 1900; 2: 160 y 170.
10. IZQUIERDO, J.J.: *Las dos versiones castellanas de la "Introducción a la Medicina Experimental" de Claude Bernard*. Gac. Med. Méx. 1941; 71: 372.
11. DEL POZO, E.C.: *La medicina como ciencia en Claude Bernard*. Gac. Med. Méx. 1979; 115: 245.
12. QUIJANO, J.M.: *Una aplicación de la radioscopia a la cirugía, con una introducción de Alcocer Andalón, A.* Rev. Med. Hosp. Central de San Luis Potosí. 1978; 2: 36.
13. SILVA, M.O.: Citado por Quijano F. en: *Contribución de San Luis Potosí al desarrollo de la cirugía cardiovascular en México*. Bol. Inform. Esc. Med. Feb.—Mar. 1968. Citado por Martínez, M.M. en: *Una Sorpresa cardíaca*. Progreso Médico. 1907; 9: 184.
14. MEADE, J.: *Hemerografía Potosina*. San Luis Potosí, Letras Potosinas, 1956.

LA IMAGEN DEL MEDICO

Los cambios del siglo XIX se reflejan en la imagen y las actividades del médico. Desde el atuendo a la más interna de sus convicciones científicas sufrieron durante ese siglo tremendo cambio. La peluca, el tricorneo y el espadín que vistió durante el siglo XVIII, se convirtieron en levita, chistera, bastón, prendas impuestas por la moda, pero que simbolizaron a su vez el cambio ideológico de sus poseedores.

Será este médico enlevitado quien habrá de enfrentarse a resolver problemas como el cambio de concepto asistencial, la salubridad y un principio de medicina colectiva.

Sin embargo, durante todo el siglo XIX, la imagen popular del médico fue la misma; lo comprobamos en: *El Gallo Pitagórico* (1844-1845), de Juan Bautista Morales. Uno de sus capítulos está dedicado a los médicos; he aquí un fragmento: "Un gran médico lo primero que ha de tener es un coche de última moda, brillantemente charolado; ha de vestir con mucho aseo y también a la última moda, aunque duerma en un petate y coma en una cazuelita de a tlaco. Ha de visitar a sus enfermos a horas extraordinarias, para dar a entender que está muy cargado de visitas. Ha de contar en ellas cura-

ciones maravillosas, como que le han cortado la cabeza a un rico egoísta, a un general de división o a otro personaje; que la volteó al revés, se la limpió y se la tornó a pegar, que la operación concluyó cerca de las seis de la tarde y a las ocho de la noche dejó al descabezado bueno y sano en la ópera"... "ha de ser aristócrata, enemigo mortal de los *sansculottes*, y si puede, sin grave inconveniente, con sus barruntos de monarquista y aún de borbonista. Este debe ser el aparato exterior; la suficiencia interior se reduce a saber un poco de latín y de francés, aunque no sepa una palabra de castellano".

Si se repasan los escritos médicos de los últimos años coloniales, encontraremos bandos, órdenes del protomedicato y artículos donde se aconsejan a los médicos practiquen fumigaciones, incineración de elementos sospechosos y vacunaciones antivariolísticas, el tema de los enterramientos y de la ubicación de los panteones que más tarde será verdadero caballo de batalla para los higienistas, también hizo su aparición en estos años y resulta evidente que se había creado una conciencia de higiene pública, cuyos frutos tendremos que buscarlos en años centrales y sobre todo en las dos últimas décadas del siglo, época en que se prestó la mayor atención a este tipo de problemas.

J.S.P.